

Asimismo débense rechazar como viciosamente tomadas del francés, entre otras muchas, las siguientes palabras, corrientes en las ciencias: *inyector*, *regelacion*, *adhesion*, (en física), *soporte* (en química) una *experiencia* (en física), son palabras de origen latino, que, debidamente trasladadas al castellano, deben ser: *inyectador*, *recongelacion*, *adherencia*, *sosten*, *experimento*. El que los franceses digan: *faire une expérience*, porque tienen una sola voz para decir *la experiencia* y un *experimento*, no es razón para que nosotros confundamos nuestras dos palabras, empleando la primera por la segunda: solo el continuado vicioso uso de aquella, hace que no se ofenda el oído cuando se dice: *una experiencia*.

El abandono de nuestro idioma llega en algunos autores hasta el punto de consignar en sus obras, entre otras lindezas, las palabras *indicio* de refracción, *constatar* un hecho. El servicio que prestan á la ciencia con sus libros, los que tales desatinos filológicos escriben, está contrarrestado con el gravísimo daño que infieren á su lengua patria.

Tampoco debemos olvidar algunas palabras puramente castellanas, para admitir, en su lugar, otras puramente francesas; y ya hemos dicho que hay en todos los idiomas términos que, por ser de uso vulgar, sin dejar de ser científicos, tienen patria, por decirlo así. En vez, pues, de *piston*, *bobina*, por ejemplo, haríamos muy bien en decir siempre: *émbolo*, *carrete*.

C. TOMÁS ESCRICHE Y MIEG.

(Se concluirá.)

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

LEYENDA HISTÓRICA (1)

I.

Era al caer de una tarde
del año mil y seiscientos
cuarenta, y mes de Noviembre,
cuando un noble caballero

(1) Leída por su autor en la solemne apertura del curso del Ateneo, la noche del 19 de Octubre próximo pasado.

embozado hasta los ojos
en capa de paño negro,
y cubierta la cabeza
con un gracioso chambergo,
por bajo del que flotaban
sedosos bucles al viento,
recorría *San Felipe*
y husmeaba el *Mentidero*,
buscando febril y ansioso
no sé á quién ni con qué objeto.
A poco rato, un hidalgo,
también en su capa envuelto,
apareció y dirigióse
hacia el de luengos cabellos.
— ¿Sois Quevedo? — ¿Sois el Conde? —
se oyó casi al mismo tiempo
que daba las oraciones
el bronce del *Buen Suceso*.
Los dos embozados siguen
camino de los *Consejos*,
sin murmurar una frase,
sin cruzarse un cumplimiento.
Al llegar frente á *Palacio*,
hacia la izquierda volvieron,
y en el llano de *Vistillas*
hablaron lo que yo cuento.

II.

— ¡Don Juan... lástima os tengo! y no os enoje
que diga lo que siento: ese es mi flaco:
por más que vuestro rostro se sonroje,
de verdades ocultas vierto el saco.
— Al cumpliros la cita que me disteis,
resuelto estoy á oiros, Don Francisco,
aunque os conozco y sé que siempre fuisteis
astuto y venenoso basilisco.
— Hay un pequeño error en este símil
que su oportunidad en nada amengua:
ese animal feroz é inverosímil
mata con su mirar, yo con la lengua.